

en el caso de los musulmanes sobre los lugares de culto, como factores que han llevado a la gestación de identidades contradictorias con la identidad más abarcadora —según sus palabras— de la pertenencia a la República y a la Nación. Al mismo tiempo, los autores constatan la existencia de un fuerte proceso de desafiliación entre los jóvenes de familias musulmanas, una desafiliación cercana a la anomia que amenaza la vida colectiva. Braouezec afirma: «Je reste convaincu que l'octroi du droit de vote aux immigrés casserait cette tendance dangereuse. Une telle décision serait une affirmation forte et symbolique du droit à la diversité dans une société moniste».

Una última idea planea sobre los discursos que se interrogan sobre la cuestión social en los barrios y ciudades populares que han sufrido procesos de transformación urbana, demográfica y social importantes en los últimos años. Se trata de la tentación de reemplazar en el debate público la cuestión social o, más exactamente, la cuestión de la exclusión social, por la cuestión de la seguridad/inseguridad, con lo que se produce una todavía mayor estigmatización, que recae ahora sobre la población joven de las zonas populares. Cada vez con mayor frecuencia los problemas de la desigualdad social y de la jerarquización del espacio urbano se perciben como una cuestión de orden público, en el sentido policial del término.

La conclusión de la entrevista entre los dos autores es reveladora de la propuesta global de Braouezec. Está convencido de que sin una «política de ciudad», los actuales barrios populares desembocarán sin remedio en «zonas de no-derecho».

Ángel BELZUNEGUI

La Europa asocial: ¿camino hacia un individualismo posesivo?

Luis Moreno

2012. Barcelona. Editorial Península

El libro que tenemos entre manos tiene como propósito dar cuenta de una de las cuestiones más pertinentes de la política europea: ¿cuál es el futuro del estado del bienestar? La cuestión atañe a si, pasadas la *edad de oro* (1945–1975) y la *de plata* (1976–2006) del estado del bienestar, la nueva *edad de bronce* (2007–?) muestra aún un «metal ganador» o representa una vuelta a la «prehistoria del bienestar».

Según las reflexiones de su autor, el prestigioso sociólogo Luis Moreno, el modelo social europeo (MSE, en adelante) descansa en los distintos estados del bienestar (EB, en adelante), los cuales son «la plasmación institucional de un capitalismo de bienestar que ha facilitado altos grados de prosperidad económica y cohesión social desde la Segunda Guerra Mundial» (Moreno,

pág. 163). Sin embargo, los distintos modelos de EB europeos se enfrentan a los efectos de la mundialización económica de corte anglo-norteamericano y al dominio del discurso neoliberal. Por estas y otras razones el devenir de los EB tras el crack de 2007 no es alentador. En efecto, la *edad de bronce* se presenta como un retroceso en el EB, que probablemente se recogerá sobre los «viejos riesgos sociales», al tiempo que reservará la atención de «los nuevos» a otros actores no estatales, en una suerte de *welfare mix*.

El libro se estructura en cuatro grandes bloques, con una presentación y unas conclusiones aparte. En dicha presentación el autor contextualiza el objeto de la obra, plantea las cuestiones de reflexión y esboza sus presunciones teóricas, sintetizadas en la tríada de las tres «íes»: intereses organizados, ideas/ideologías e instituciones.

En el primer bloque, «Estado del bienestar, ¿epifenómeno de la modernidad?», se realiza una revisión de la génesis y consolidación históricas de los EB, a la par que se presenta la popular y clarificadora distinción de los regímenes de bienestar de Gøsta Esping-Andersen (corporatista continental, liberal anglosajón, socialdemócrata nórdico y familista mediterráneo, entendido finalmente como un «modelo» en sí mismo).

De modo que se presenta la *edad de oro* del EB (1945–1975), etapa en la que los estados corrigen los desajustes

del mercado, de tres formas: garantizando rentas mínimas a los ciudadanos, minimizando los riesgos vitales de asociados a la enfermedad, desempleo y vejez, y proveyendo servicios sociales de acceso al conjunto de los ciudadanos sin distinción. Todo ello en un contexto de crecimiento económico sostenido y en el marco keynesiano de estímulo de la demanda y pleno empleo.

Moreno sostiene en este primer bloque una idea remarcable: los EB no son fruto de una ideología en particular sino más bien de realizaciones históricas tanto de la socialdemocracia como de la democracia cristiana y el liberalismo. Y es que «no pocos científicos sociales han establecido como canónico el modelo nórdico, atribuyendo a la ideología socialdemócrata la paternidad en exclusiva del EB en Europa».

En el segundo capítulo, «El crecimiento hasta límites del bienestar social», se plantean los desafíos a los que tuvieron que hacer frente los EB tras las crisis del petróleo de los años 70. La *edad de plata* de los EB, con su maduro crecimiento «hasta límites» —en términos de Peter Flora—, se caracterizó por el mantenimiento de la provisión social a pesar de que los obstáculos eran cada vez más complejos.

Desde un punto de vista exógeno, la mundialización económica al estilo anglo-noerteamericano, por un lado, y el cada vez mayor dominio del discurso neoliberal, por el otro, ponían de relieve el punto de saturación en el que

comenzaban a encontrarse los EB. Y desde una mirada endógena, los «viejos riesgos sociales» (analfabetismo, enfermedad, indigencia, invalidez, etc.) se agravaban (ancianidad y desempleo), al mismo tiempo que aparecían «nuevos riesgos sociales», lo que incrementaba sobremanera la demanda de protección social.

Como pone de relieve el profesor Moreno, en la base de la emergencia de los nuevos riesgos sociales podemos encontrar cuatro cambios societarios, a saber: en los roles de las mujeres, en los hogares y las familias, en el mercado laboral y cambios producidos por las privatizaciones y desregulaciones de los servicios públicos.

A todo ello cabe añadir, siguiendo la senda de los problemas endógenos, los efectos perversos a los que los EB tuvieron (y tienen) que hacer frente. Sin profundizar en exceso, el sociólogo madrileño expone algunas situaciones con el mertoniano «efecto Mateo», casos en los que «los sectores sociales con mayores recursos y con mejores instrumentos para su apropiación se benefician desproporcionadamente de programas y políticas a menudo diseñados para los ciudadanos más desfavorecidos» (Moreno, pág. 90). A los que se suman otras situaciones de «riesgo moral» y de *free-riding* que socavan las bases morales y de confianza de los EB.

El tercer bloque, «Modelo social europeo», centra su atención en el

propio concepto, en sus implicaciones, tanto durante la *edad de plata* como durante la crisis desatada en 2007. Así, el MSE se fundamenta en la equidad social, la solidaridad colectiva y la eficiencia productiva, promoviendo la ciudadanía social. A él se oponen otros dos modelos en el orden internacional: el individualismo mercantilizador y el neoesclavismo.

En el ámbito estrictamente europeo, Moreno sostiene que el MSE ha sido un elemento generador de cohesión social que ha contribuido a mantener el continente en paz a lo largo de la segunda mitad del s. xx. Sin embargo, el crack de 2007 puso en evidencia las contradicciones derivadas de la falta de unión fiscal y comercial, más allá de la unión monetaria y económica. De este modo se hace hueco en la agenda pública «la espinosa cuestión de si algunos países podían estar subsidiando desproporcionadamente o generando riesgos morales respecto a ciertos países menos esforzados y aplicados a nivel fiscal [...]» (Moreno, pág. 141).

De tal modo que emergen como uno de los principales obstáculos para el proyecto común los estereotipos negativos entre países, «avivados electoralmente por nacionalismos y populismos de variada índole». Y añade el autor: «La idea de que no todos los países contribuyen en la misma medida al proyecto común europeizador y, sobre todo, de que algunos países se aprovechan como gorriones del es-

fuerzo de otros estados miembros ha condicionado buena parte del debate político europeísta desde que se desencadenó el crack de 2007». No parece demasiado necesario mencionar a qué países se refiere el autor, ¿verdad?

Finalmente, una de las consecuencias que trajo aparejadas la crisis de 2007 es la poco discutible necesidad de estabilidad presupuestaria para hacer posible, a medio y largo plazo, el MSE, con acuerdo tanto de socialdemócratas como cristianodemócratas. Y, algo que es ampliamente compartido entre la ciudadanía europea: con una equidad fiscal de tipo progresivo. Pero, «¿es posible invertir socialmente y crear empleo, aun manteniendo los objetivos de disciplina fiscal y de presupuestación cero?» (Moreno, pág. 174).

En el cuarto bloque el politólogo centra su interés en la inestabilidad abierta a raíz del conflicto de legitimidades entre el capitalismo y el bienestar, en el contexto de mundialización. Describe una realidad de sobras conocida por los ciudadanos españoles: los gobiernos persiguen atraer inversiones de capital, facilitar las localizaciones industriales y obtener financiación para su deuda en condiciones favorables.

Para comprender mejor hacia dónde camina el MSE, es necesario tener en cuenta algunas de las claves que sugiere el autor. Una de ellas es observar que el capitalismo coordinado alemán —con un crecimiento a medio y largo

plazo y sin inflación— sale muy reforzado del crack de 2007, alejado de las urgencias de la rentabilidad inmediata del «casino» anglo-norteamericano.

Otra clave es percatarse de la necesidad de convertir Europa en la economía del conocimiento, e invertir en innovación y valor añadido por la falta de otro tipo de recursos (por ejemplo, físicos o laborales). A pesar de estas condiciones adversas, la *edad de bronce* del EB sigue siendo una apuesta social a tener en cuenta, aun reconociendo que está inmerso en una tendencia que podría suponer un retorno a la *edad de piedra*.

Por el momento, el MSE parece constituirse en *welfare mix*, con los riesgos sociales atendidos por distintos actores, como son organizaciones no gubernamentales, empresas privadas y familias, además de los poderes públicos. Todo en ello en un contexto de gobernanza europea multinivel, con la subsidiariedad y la rendición de cuentas como principios descentralizados.

Ciertamente, el sociólogo plantea unas conclusiones que desprenden cierto pesimismo, al desconsiderar el neoesclavismo como un futuro viable pero no el neoliberalismo, con la consiguiente desaparición del MSE. A pesar de ello, plantea como un futuro probable un MSE en el que el EB se haría cargo de los viejos riesgos sociales, dejando los nuevos riesgos para otras esferas, como el mercado, el tercer sector

o la familia. Lo que, a mi modo de ver, implicaría (e implica) unas dualidades sociales difíciles de compatibilizar con la idea de ciudadanía social.

No concluyo como el profesor porque, aparte de que soy todo un inexperto, tomo en consideración propuestas valientes y rigurosas capaces de satisfacer ciertos objetivos del EB sin necesidad de incurrir en algunos de los costes anteriormente planteados. Tomando la propuesta de la Renta Básica de Ciudadanía en serio, se me antoja posible resolver el embrollo de *La Europa asocial* manteniendo mi condición de ciudadano social.

Xavier PUIG ANDREU